

Mercedes Ballesteros, cincuentenario de Valery y actividades literarias

MARIO
PARAJÓN

Ha muerte Mercedes
l o primero sería

la nombraba, por qué no se interesaban en sus libros los estudiantes que concluían sus estudios universitarios.

Mercedes Ballesteros fue sensible a esta indiferencia. A medida que "la desaparecían", se desaparecía ella espaciando sus publicaciones primero y después dejando de publicar. Era muy difícil o imposible hablar con ella de sus libros. Se distanciaba, hacía una broma si estaba de humor y la segunda o la tercera respuesta ya era una evasiva ingeniosa.

Casi hasta que la postró el cáncer conservó la tertulia quincenal que animó su vida y la estimuló a trabajar cuando aún Claudio de la Torre no había muerto. Claudio de la Torre, su marido, es el autor de varias novelas buenas entre las que se destaca principalmente *Alicia al pie de los laureles*, un libro que

LITERATURA

trata de la vida en las Islas Canarias a principios de siglo. Por supuesto que hay recuerdos autobiográficos, nostalgia elegantemente repartida, personajes inolvidables y algo que interesó a los escritores de los años veinte: una estilización impresionista que buscaba la creación de un ambiente. En esa línea Claudio de la Torre introdujo una novedad.

Mercedes había leído mucho de niña

«Mercedes Ballesteros fue sensible a esta indiferencia. A medida que "la desaparecían", se desaparecía ella espaciando sus publicaciones primero y después dejando de publicar.»

a Walter Scott y a Dickens. Y tenía en común con Dickens lo que le apasionaba el mundo de la adolescencia en su despertar; y también el humor; pero en Dickens, a pesar de los cuadros atroces que pinta, hay una complacencia en la realidad, una aceptación total del antihéroe y una sorna que lo acompaña hasta en los pasajes donde se narra lo más catastrófico. Mercedes Ballesteros no renuncia al ideal de héroe de la Edad Media Española: dispuesto a entregar la vida, espiritualmente noble y físicamente apuesto. Ese fantasma le acompañaba aún a la hora de presentar muchachos o mujeres que vivían tranquilamente en nuestro mundo. Las novelas de Mercedes están muy bien construidas y no tan bien escritas, y si hoy tienen poco interés se debe a sus temas y a la manera tan tímida de tratar lo difícil de ellos. *La Cometa y el Eco* y *La Sed* serían quizá dos buenas muestras de su producción. Pero no hay que olvidar que los artículos periodísticos de Mercedes son de primera categoría. Una selección de los mismos realmente valdría la pena.

Como también lo sería una edición española de Paul Valery. Murió el 20 de julio de 1945 hace ahora medio siglo. Es, sin duda alguna, uno de los poetas más extraordinarios de nuestro tiempo. No se me olvida un verano poco agradable de mi vida que pasé junto al mar leyendo y releendo *El Cementerio Marino*.

Le vent se leve!
Il faut tenter de vivre!

Se ha insistido en que Valery es el poeta de la inteligencia y el cerebral que domina la emoción a fuerza de disciplina y perfil. También se le ha comparado con el insigne Pitágoras por la emboscada que le hizo a la forma poética; el balance de la misma fue que se le afinó el oído hasta percibir las más imperceptibles cadencias del idioma. Y todo eso es verdad, pero yo siempre veo en Valery al genio del pudor; y no porque haya sido más pudoroso que nadie, sino porque hizo de su pudor una materia superior de arte. Después de Valery ya no se le puede sonreír a Rousseau. El hombre es naturaleza y algo más, y lo natural en el hombre no es el retorno a ninguna condición primitiva.

C. S. Lewis y J. R. R. Tolkien se encantaban leyendo a George Mac Donald, el escocés amigo de Rushkin, de Tennyson, de Dante Gabriel Rossetti. Siruela edita *La primavera y los trasgos* (1871) en excelente traducción de Carmen Martín Gaité acompañado por un estudio preliminar suyo a tono con la seducción que la obra ejerce desde la primera a la última línea. La publicación de *El Gachupín*, memorias de Pío Caro Baroja (*Pamiela, Pamplona, 1995*) será un éxito entre los iniciados que gozan con este género literario. Don Pío es travieso, inteligente y sobre todo muy Baroja.

Como no me queda más espacio voy a nombrar títulos recién aparecidos que pueden tener interés: *Cartas y consideraciones en*

«Siruela edita *La primavera y los trasgos* (1871) en excelente traducción de Carmen Martín Gaité acompañado por un estudio preliminar suyo a tono con la seducción que la obra ejerce desde la primera a la última línea.»



torno al Arte, de Nicolás Pus-sin, traducidas por Lydia Vázquez (Visor *La Balsa de Medusa*).

Nacida en la Indochina francesa, Margueritte Duras ha hecho carrera como novelista en Francia. Cuenta historias terribles y en *La Impudicia* (traducción de Ana

María Moix, Tusquets), persiste en su costumbre, pero se le da muy bien el párrafo de contorno duro y la profundización en la realidad con la que trata. Ana María Moix, muy lejos de la Duras, nos sorprende con un libro de relatos: *Ese chico pelirrojo a quien veo cada día* (Lumen), imaginativo, lleno de piedad y de dolor. Estos cuentos se leen fácilmente, se disfrutan, no será difícil encontrarles su sabiduría.

Dos buenos libros de artículos están a la disposición de los lectores: el de Juan Manuel González, *La Nieve en el espejo* (Libertaria. Prodhufi), y el de Martín Amis traducido por Gómez Ibáñez: *Visitando a Mrs. Nobokov* (Anagrama).

Anaya ha tenido el acierto de ofrecernos las *Crónicas y Ensayos* de José Martí, cuya prosa tanto elogió Unamuno. Se trata de una selección hecha por José Olivio Jiménez, autor de la más importante de las antologías de la literatura hispanoamericana y gran estudioso de Martí.

Las Conversaciones con el archiconocido Deleuze, pensador francés que entusiasma a muchos, (Pre-textos, Valencia), no se puede negar que resultan ágiles, fáciles de leer e incitantes si la lectura se suspende para reanudarse cuando haya oportunidad. Lo que no se puede olvidar es que esa fluencia y esa claridad expresiva ocultan una dificultad, pues para comprender bien a Deleuze hay que saber a qué atenerse con respecto al psicoanálisis de Freud, pues de su crítica parte el heterodoxo Deleuze.